



loable

La Sexualidad de las Moscas

a 58°F y a 43% de humedad, es nula.

El espantapájaros de cristal.

Pararon las bicicletas. Delante de ellos se extendía una verde colina sembrada de trigo fresco, apenas una suave ondulación sobre el llano terreno, y sobre aquella colina un espantapájaros.

Un espantapájaros vulgar, al que le faltaba una pierna, era de trapo, de alambre, a lo sumo plástico, y poco más, y se balanceaba torpemente junto al suave viento. Y en sus brazos dos espejos que reflejaban el sol, que bailaban junto al torpe muñeco lisiado.

-Jorge.

-Que.

-¿En qué piensas?

-En espantapájaros.

-¿Espantapájaros?

-Espantapájaros de cristal.

-¿Espantapájaros de cristal?, tu estas “volao” macho.

-Piensa. Puede que los espantapájaros de trapo como aquel sirvan más o menos contra los pájaros, pero no contra las personas, cualquiera que pase por aquí puede libremente cruzar el campo y pisotear ese trigo sembrado, posiblemente muchas personas al cabo del día pasen por ahí destrozando un montón de espigas de trigo, y, seguramente al tío que esté cultivando eso no le hará mucha gracia ver cómo le destrozan el huerto...

-Sembrado.

-El sembrado. Pero si tu coges y construyes un espantapájaros de cristal, y lo pones ahí...

-Todo el mundo pensará que estás como una reverenda “chota”.

-¡Exacto!, ¿y sabes por qué?.

-Porque un espantapájaros de cristal es algo muy raro.

-¡Premio!, ¿y sabes por qué es tan raro?.

-No.

ILUSIÓN LOCA

Quisiera ser chupachups
 hay que ilusión más loca
 pringar tus labios
 y besar tu boca

Hoy me he creído estar metido en el tronco de un árbol, hueco, donde habitaban seres mágicos y curiosos. Hoy me he creído envuelto en la fantasía de un mundo desconocido estando tan cerca. Hoy, que he visto lo hermoso de este mundo, me he dado la vuelta y he vuelto allí, a donde yo debo.

-Porque un muñeco así está más cerca de ser Arte que de ser un mero utensilio agrario, y si tú lo pones ahí en medio lo más normal es que la gente piense lo que has dicho antes, que estés loco, y si la gente piensa que estás loco también pensará que si cruzan por ahí y le destrozas algo y el agricultor te ve en vez de pararte y echarte una “buya”, cosa que al fin y al cabo a casi todo el mundo se la trae floja, te perseguirá corriendo con un cuchillo en la mano para cortarte el cuello y usarte después como abono para el campo.

-¿Y los pájaros?, si consigues espantar a las personas y no a los pájaros tendrás un espantapersonas de cristal en vez de un espantapájaros de cristal.

-A los pájaros les da igual que sea de tela o cristal, un espantapájaros es un espantapájaros esté hecho de lo que esté hecho, los pájaros se seguirán asustando igual. No les importa, ¿entiendes?.

-Vale, si tu lo dices me lo creo, pero sigo diciendo que estás como una chota.

-Y qué, ¿cambia algo?.

-No.

-Pues entonces... vámonos.

-Vale, vamos.

La carta

Encontré aquella carta en un libro triste y absurdo. De adolescente hubiera pagado – no sé exactamente qué – por encontrar una cosa así en alguno de mis libros del colegio. Pero, como la quiniela de quince o la noche loca con Kim Bassinger, esto nunca ocurrió.

Y he aquí que encontraba una carta así en este anodino libro de tapas gruesas; en esta aburrida biblioteca pública en la que, cada jueves, busco refugio en el silencio y en el tacto crepitante de viejos libros que ya nadie lee. La nota, colocada aparentemente al azar entre las gastadas páginas, decía:

“Te he esperado durante, imagino, mucho tiempo. Y al fin, has llegado. Te escribo esta carta sin conocer tu cara, sin saber si eres hombre o mujer, joven o anciano, y sin que pueda imaginar si te encuentras triste, feliz o acaso aburrido. Tampoco sé si tomaras esta carta con interés o la tirarás, displicente, en la papelería más cercana. Si eso es lo que te disponías a hacer, te ruego, por favor, que no lo hagas.”

Pensé que encontraría una petición de dinero o una de esas tremendas cartas en cadena. Esas cartas en las que te piden que remitas cien copias idénticas bajo turbias amenazas que unen lo sádico con lo absurdo. Pero, derrotado por la curiosidad, decidí seguir leyendo. Y lo que siguió no era, desde luego, aquello que imaginaba encontrar.

“Te escribo porque no tengo a quien contarle lo que me acongoja y no me deja cerrar los párpados cuando, en la noche, intento depositar mi angustia en el olvido del sueño. Tengo treinta doloridos años. Y hace cinco que me abandoné al destino que la vida ha elegido por mí. Ahora, por trampas que la existencia ha puesto en mi camino, he decidido resignarme y dejar que sea la propia vida quien me conduzca despacio hacia el final que se avecina, ya inminente. También te ahorraré detalles en este aspecto, pero te diré que presiento el fin, como el aire de esta biblioteca, invisible pero cercano. Y conforme avanzan los días, comprendo que lamentaré no llevarme una cosa de este mundo: el cariño que siempre desee y no tuve. El amor que busqué casi desesperadamente y que nunca,... nunca encontré”.

Me detuve entonces. La letra era, indudablemente, femenina. Los trazos, negros y quebradizos, se desparramaban sobre el papel como posos de un mal café. Me sentí inquieto, abrumado, como si me encontrara ante una de esas cartas que los humoristas se empeñan en encabezar con un “Sr. Juez”. Esta nota, como la última voluntad de un condenado, respiraba más desesperación que tristeza...

“Por eso, ahora, en la quietud de este lugar, te pido que me des una muestra de que el mundo no me odia; de que puedo ser querida por alguien, aunque seas anónimo y estés distante; de que puedo importar a alguien como tú. Si es así, por favor, di (como yo lo pronuncio en este instante), di TE QUIERO”

Absorto, no percibí cómo las luces en el ventanal se iban apagando. Cerré los ojos intentando imaginar quién pudo suplicar así, quién firmó este grito silencioso y lo abandonó entre las páginas de un humilde libro. La carta, humedecida por mis manos, se iba disipando poco a poco ante mi vista.

Y entonces lo dije, despacio, casi con miedo. Pronuncié: “Te quiero”.

.....

Bajo la firma ilegible de la autora, otras dieciséis caligrafías habían corroborado el mensaje. Escrito a lápiz o con pluma de oro, nerviosamente o con suave trazo, otros dieciséis amantes anónimos habían estampado sendos mensajes dirigidos a su amor de incógnito.

Bajo el último de estos, sumé la decimoséptima declaración de amor. Y dejé el libro en el estante, con la nota infinitamente doblada entre dos páginas cualesquiera; con la esperanza de ser el último de la lista durante poco tiempo.

Y, con un cachito de mí abandonado en aquel libro, salí a la calle repitiendo en voz baja la suave letanía que aquella mujer me había inspirado: un incesante “te quiero”.